

Visión cromática

CATALINA GISELLE
(SPRINGKOLORS)



1. Blanco

Cada vez que salía a trotar en las mañanas trataba de pasar por un parque justo a la hora del amanecer, alrededor de las siete de la mañana. En un inicio era porque me acomodaban el horario y la locación, pero al pasar los días me di cuenta de una pequeña coincidencia que se encontraba en esa escena todos los días: un chico rubio se sentaba en las bancas a ver el amanecer.

Al principio no le di mucha importancia, luego no pude evitar centrarme en él cada vez que pasaba por el parque, ya que era, con claridad, un elemento atípico que sobresalía para mí. Solo estaba él, no había nadie más a esa hora.

Era un completo extraño que parecía pertenecer más que nadie a la majestuosa escena del amanecer en el parque.

No había día en que mi mirada no lo encontrara. Era por completo mi foco de atención, tenía pocos segundos para que su imagen quedara grabada en mi retina por el resto del día, y mis ojos cumplían su tarea.

Mi mente se las había ingeniado para categorizar todas sus versiones. Algunas veces lo veía con mucho sueño, casi cabeceando en la banca, otras veces estaba muy despierto, con rojeces en sus ojos muy hinchados, como si hubiese pasado toda la noche llorando. Otras, casi no lo veía de lo cubierto que venía, nunca sabía si era por frío o por querer ocultar algo, siempre pensé en muchas teorías respecto a ello. Había una constante, y era que siempre me distraía por su divertida combinación de colores, algunas veces se vestía sobriamente, con colores negros y blancos; otras, en contraste a lo anterior, era una ensalada de colores sin patrón. Existía otra cosa que era permanente en él, su seriedad y solemnidad, siempre rodeado por un aire nostálgico.

No me juzguen por mirarlo mucho, él era lo más interesante de mi trote matutino. Honestamente, su existencia se convirtió en lo más especial de mis monótonos días.

Todo cambió cuando el chico de cabellos rubios empezó a llegar con moretones. Su dulce y angelical rostro se empezó a llenar de

manchones de tonalidades rojizas y violáceas. La primera vez que lo noté, creí que había visto mal y me planteé una visita al oculista. La segunda vez, mi estómago se apretó y se llenó de una rabia irracional, impotencia y muchos pensamientos que me frustraban por completo. De todas las emociones que me invadían, era la angustia la que reinaba y se multiplicaba en mi interior por cada nuevo matiz de violeta, rojo, e incluso algunos tintes de verdes que adornaban su cara. Frente a esta situación me empecé a desesperar, me dediqué a pensar en mil y una formas de acercarme, de ofrecerle mi ayuda, de intervenir. ¡Debía hacer algo, no podía ser más un observador de ese abuso!

Lamentablemente siempre dudé, por miedo a que rechazara mi ayuda, por miedo a parecer invasivo, a incomodar, a hacerlo sentir peor. Miedo, miedo, miedo.

Cada vez que iba al parque, parecía como si buscara con desesperación la paz. Sentía que era un momento muy íntimo para él. Me imaginaba que aferrarse al amanecer era su salvavidas, lo que lo mantenía a flote día a día. Molestarlo o incomodarlo en su momento sagrado se sentía mal, pero era mucho peor no hacer nada.

Ya no importaba mi miedo, otra persona debía estar viviendo un infierno aún peor y yo no podía quedarme de brazos cruzados. Esa mañana sí o sí le hablaría, en este punto ya no importaba interrumpirlo en su ritual diario. Si yo no podía soportar esta situación, era difícil imaginar lo insostenible que debía ser para él.

Necesito saber si está bien.

No quiero verlo más lastimado.

Estoy decidido. Daré todo de mí para ayudarlo.

Sin embargo, no lo vi ese día, ni al día siguiente, ni en una semana. Eso me destrozó por completo, me llenó de angustia y de miedo. ¿Estaría bien? ¿Estaría vivo? ¿Lo volvería a ver? ¿Por qué no había actuado antes? Debí haber intervenido, maldición.

No podía olvidarlo y seguir con mi vida, porque sin él en mi paisaje, sentía que poco a poco mi mundo se tornaba acromático.

2. Gris

Llevaba una semana sin ver al muchacho rubio y mi ansiedad ya estaba por las nubes. La angustia de no poder verlo y de no haber hecho algo para ayudarlo me estaba matando, y lo peor era que ni siquiera conocía su nombre para preguntar por él. Me sentía un completo cobarde. La culpa no me dejaba dormir. Sabía que debería haber hecho algo, no importaba qué cosa, debería haberlo ayudado de alguna forma. Una persona que iba todos los días a ver el amanecer con una cara tan solemne no se merecía ese trato, menos el dolor por el que podía estar atravesando.

Nunca dejé de trotar, incluso iba más seguido que antes, en la mañana y en la noche. Además, me quedaba por más tiempo del habitual en el parque, solo con la esperanza de encontrarlo nuevamente; sin embargo, nunca ocurrió.

Era la tarde del décimo día sin ver al chico que llevaba ocupando mis pensamientos. Me encontraba en la calle con unos jeans, mis fieles bototos y una camiseta blanca bajo mi chaleco azul. Antes de salir había tratado de peinar mi desordenado cabello castaño claro, pero había sido un fracaso, por lo que simplemente lo dejé caer por mi frente casi cubriendo uno de mis ojos color caramelo. Había ido al supermercado a comprar manzanas rojas porque le había prometido a mi sobrina que las prepararía en forma de conejitos cuando la fuera a buscar al día siguiente al jardín infantil. Esa princesa era la luz de mis días, y no podía contener mi espontánea sonrisa al imaginar su reacción al verme.

Iba caminando ensimismado en mis pensamientos cuando pasé por al lado de lo que parecía una pelea de pareja. Eran dos chicos con mochilas y bolsos afuera de un departamento. Aparentemente, el que se encontraba unos escalones más arriba no quería pasarle las cosas al que estaba abajo dándome la espalda. Traté de ignorarlos, pero los gritos lo hacían muy difícil, más aún cuando sus palabras eran tan denigrantes e hirientes. La escena me hirió desde el primer segundo.

—¡Dame mis cosas y déjame irme, imbécil!

—¡Hey, basura, no me hables en ese tono, después de todo lo que he hecho por ti! ¡Fui el único que te acogió, aun cuando te vistieras como payaso y fueras un desastre en todo lo que hicieras! ¡Te lo di todo, Jensen!

—¡Te hablo como quiero, imbécil! —gritó exasperado—. ¡Ya me cansé de tus abusos y tus constantes insultos, así que dame mis cosas, John, no quiero verte nunca más en mi vida!

—¡Como si pudieras hacer algo sin mí, estorbo!

Avancé hasta una cuadra más lejos tratando de ignorar el alboroto, porque mucha gente chismosa se había empezado a juntar en el lugar. Caminé hasta un semáforo que estaba en rojo, con la bolsa de papel llena de manzanas en mis brazos. No había muchos autos, por lo que mucha gente cruzaba de forma imprudente corriendo, aunque estaba en rojo.

Irresponsables.

Todo mi mundo cambió en cuestión de segundos. Una sola mirada me bastó para reconocer al chico que estaba peleando por sus cosas, con la diferencia de que ahora corría con una simple mochila sobre sus hombros. Él ni siquiera se molestó en mirar el semáforo, solo siguió a la gente que cruzaba.

Mala idea.

Él no tuvo tanta suerte como el resto de la gente imprudente. Dejé caer la bolsa con las manzanas mientras veía al auto ir muy rápido como para detenerse a tiempo. El conductor tocó su bocina alertando al chico, pero tuvo un efecto contrario, puesto que el pánico lo paralizó por completo. No sé qué pasó con exactitud por mi mente en ese momento, pero mi cuerpo se movió de forma instintiva —suicida— corriendo hacia el chico y empujándonos a ambos a la otra acera para evitar el accidente.

Maldito y bendito instinto de héroe.

Ni siquiera sabía por qué lo había hecho, aunque definitivamente agradecía haber actuado de esa forma.

Cuando pude salir de mi estado de letargo, me dediqué a revisar que el chico entre mis brazos estuviera bien. Gracias al cielo no le había pasado nada. Él había caído sobre mí, así que lo había protegido de casi todo el impacto. Revisé también mis daños, solo tenía los pantalones rotos y pequeños rasmillones en las piernas. Los codos de mi chaleco se habían destruido por la fricción, pero estábamos vivos. Frente a eso se me escapó un profundo un suspiro de alivio.

Mi compañero de accidente levantó la cabeza con lentitud para mirarme con sus ojos miel llenos de lágrimas que empezaban a caer por

sus mejillas, una de ellas se encontraba más hinchada y roja. También había unos hematomas algo violetas en su rostro, por lo que sospechaba que habían sido provocados hace pocos días. Su gorro había salido volando por el impacto, y eso dejó ver una linda cabellera rubia. No sabía si reír o llorar, como mi acompañante, porque le acababa de salvar la vida al chico que llevaba buscando por más de una semana.

Solo pensar que había estado a un paso de perderlo frente a mis ojos me atravesó como una flecha el alma, hubiese sido horrible, se me apretaba el estómago.

—Lo siento tanto —se disculpó mientras lloraba sin consuelo.

Él aún seguía sobre mí, por lo que con sutileza hice que se apoyara en mi hombro para que pudiera llorar tranquilo. En ese corto instante me permití observar el desastre que habíamos creado.

—Sabes, mi mamá siempre me dijo que, a veces, vale más perder un segundo de tu vida que la vida en un segundo. Claramente a ti no te lo dijeron —comenté tratando de reconfortarlo con una mano en su cabeza.

Había gritos, olor de neumáticos quemados, manzanas rojas por toda la calle y una mochila destrozada por el impacto del auto. Había ropa repartida por toda la calle —probablemente la que estaba en la mochila—, señoras gritando y gente grabando todo para subirlo a internet, probablemente.

—Lo siento tanto, yo no quise... —apenas podía entender lo que me estaba diciendo porque el ruido era más fuerte que sus palabras—. Solo dime que estás bien —suplicó, con su amable rostro lleno de lágrimas.

No me dolía nada en específico, pero podría ser en parte por la adrenalina. Lo mejor era tranquilizarlo, y no asustarlo más.

—Sí, no te preocupes, no me pasó nada. Necesito que te levantes para poder moverme, creo que tenemos que irnos antes de que llegue la policía a constatar daños.

—Oh, lo siento —habló excusándose con rapidez. Tardó un pequeño instante en dejar de estar sobre mí, pero no se levantó del suelo.

Me erguí con facilidad del asfalto. Estaba bien, solo algo magullado. Al parecer, era el único en perfecto estado, ya que el chico a mi lado se apretaba el tobillo con fuerza. Mierda. Con suavidad retiré su mano para confirmar mis temores.

—Diablos, ese tobillo se inflamó de inmediato. No podrás caminar.

Pude sentir cómo la gente empezaba a sacar sus teléfonos y narraban todos los hechos a sus cercanos. Chasquéé la lengua, indignado, porque ni siquiera habían tratado de ayudar, solo les interesaba el morbo.

—Ven, sube a mi espalda, debemos salir de aquí antes de que tengas problemas por casi ocasionar un accidente por haber cruzado en rojo.

Él me miró un poco inseguro, pero cuando vio a todas las personas aglomerándose no dudó en subir a mi espalda. Estaba bastante seguro de que fue por el pánico. Sorpresivamente, era muy liviano, así que lo acomodé con facilidad y salí trotando con él a cuestas, dejando su mochila con la poca ropa que contenía olvidada en la calle junto con mis manzanas.

No pasaron ni siquiera cinco minutos cuando sentí que él se había relajado en mi espalda. Lo único que podía escuchar era cómo susurraba «lo siento», «lo siento» mientras sollozaba. No paraba, era casi como si recitara un mantra, uno que hacía que mi corazón se apretara al escuchar esa frase una y otra vez.

—Hey, chico, no quiero escuchar ningún «lo siento» más. Cuando alguien te salva debes decir «gracias».

No me respondió nada por unos minutos, por lo que pensé que quizás había sonado más duro de lo que pretendía. Me estaba arrepintiéndome de haber abierto la boca cuando respondió.

—Lo sien... Gracias —agradeció con un hilo de voz.

—Levi, me llamo Levi Reed.

—Gracias, Levi.

—De nada —respondí sonriendo al notar lo dulce que sonó mi nombre al salir de su boca.

—Mi nombre es Christian. Christian Jensen —parecía que había sacado su valentía oculta para poder responder con normalidad—. Gracias por salvarme, Levi. Por un minuto... realmente pensé que era mi fin. No quiero pensar en lo que hubiese pasado si no hubieses aparecido —suspiró con alivio—. Por cierto —llamó con algo de intranquilidad—, ¿a dónde vamos?

—A mi departamento para poder revisar ese tobillo, desde ahí podrás llamar a algún amigo o familiar para que te vaya a buscar. O puedo pedirte un taxi para que te lleve al hospital. Lo que te parezca mejor.

—Creo que prefiero la opción de tu departamento, no tengo cómo pagar un hospital, aunque tampoco tengo a quién llamar cuando lleguemos ahí —confesó escondiéndose detrás de mi cuello, apretando su agarre.

No cuestioné sus palabras, ni siquiera lo juzgué por eso. Tenía la ligera idea de que estaba escapando de casa justo antes de que ocurriera el accidente, así que solo suspiré y seguí caminando.

—Ok... está a un par minutos de aquí. No te preocupes, lo resolveremos cuando lleguemos allá.

Asintió y volvió a llorar en silencio.

Caminé unas cuantas calles y llegué a unos departamentos antiguos, subí con lentitud las escaleras hasta el tercer piso, a la puerta C11. Saqué la llave de mi bolsillo con dificultad, ya que aún tenía a Christian en mi espalda. A duras penas logré abrir la puerta y entrar a mi humilde hogar. Como pude, dejé a mi invitado en el sillón del living, puse agua en el hervidor y saqué una compresa fría para el rubio herido.

—¿Puedes mover el pie?

Vi cómo intentó moverlo y su rostro se contorsionó en una mueca de dolor. Me agaché a su altura y tomé su pierna. Le quité la zapatilla con cuidado y pude ver claramente lo hinchado que se encontraba su tobillo. Había empeorado.

Debo hacer que mi hermano lo vea mañana.

—Toma, mantenlo presionado en el pie, para que baje la hinchazón —aconsejé pasándole la compresa fría—. Voy a buscar un antiinflamatorio y un analgésico.

—No son necesarias tantas molestias —indicó apenado por completo.

Lo ignoré y fui a la cocina para buscar los medicamentos. Cuando los encontré, me dediqué a preparar una taza con té de manzanilla. Cuando se terminó de hervir el agua, serví el té junto con una cucharada de azúcar y se lo llevé a Christian. Le pasé las pastillas y el té para que se lo tomara todo junto, incluso le puse un poco de agua helada para que no se fuera a quemar, costumbre adquirida de hacer los tés para mi princesa.

—Gracias, Lev... ¡Perdón, Levi...!

—Está bien, puedes decirme así... —permití sonriente.

Vi cómo se tomaba las pastillas sin dudar, lo que me hizo negar con la cabeza con reproche. Esa simple acción encendió todos mis instintos de protección, que pensé que tenía solo con mi sobrina. Se suponía que uno nunca debía recibir cosas de un extraño, menos pastillas.

—¿Sabes? Deberías preguntarme qué es aquello que te di, podría tratarse de drogas, o podrías ser alérgico al medicamento —señalé contrariado sin poder aguantarme.

—Bueno, si ese fuera tu plan, no me importaría —sinceró alzando sus hombros con simpleza—. Te tomaste muchas molestias para salvarme hoy. Además, no puedo huir, aunque quisiera, por mi pie, y como si no fuese suficiente, en este minuto no tengo a dónde.

Cierto, muy cierto. Pero aun así no estaba bien que confiara tanto en un completo extraño. De alguna forma no me sentía cómodo con que fuese tan imprudente e indefenso al mismo tiempo.

—Podría ser un violador, un asesino, un psicópata —advertí abriendo mis ojos para ver si lograba intimidarlo un poco.

Lastimosamente no logré nada, solo vi cómo ladeaba su cabeza con genuina extrañeza.

—Para empezar, me salvaste la vida, descarto el asesino —declaró mientras se frotaba sus manos con despreocupación—. Quizás sí eres un psicópata.

—¿Qué? ¿Por qué? —cuestioné divertido por su rápido razonamiento.

—Porque te he visto antes, muchas veces —comentó con una pequeña sonrisa—. Me gusta que uses colores bonitos.

—¿Colores bonitos? —pregunté con curiosidad.

—Sí. En el parque, por la mañana: era como si tú y el sol saliesen al mismo tiempo de su escondite. Sé que me mirabas, porque yo también lo hacía, no soy para nada ajeno a tu existencia.

Eso me pilló con la guardia baja. Sentía mi cara arder, después de todo, no era el único que se había percatado de la presencia del otro. Estaba completamente atrapado y avergonzado, pero al mismo tiempo sentí un dejo de júbilo subir por mi garganta.

—De acuerdo, Sherlock, yo también puedo deducir; sé que te fuiste de la casa donde estabas viviendo, y ni siquiera tienes ropa. Dime: ¿tienes a dónde ir?, ¿algún familiar, algún amigo...? —Me sentía atrevido y audaz, mas la respuesta me hizo arrepentirme de preguntar.

Lo vi bajar su cabeza casi como si estuviera profundamente avergonzado de responder esas sencillas preguntas.

—Oh... viste esa escena, qué lamentable. No, la verdad no tengo a dónde ir, John era lo único que tenía.

Se debatía de forma interna entre seguir o no contándome su vida. No pasaron siquiera dos minutos y comenzó a hablar de nuevo, sin ninguna dificultad, como si hubiera tomado la decisión de confiar en mí y de exponerme su vida.

—Mi papá murió cuando era pequeño, y mi mamá me abandonó en un centro de menores porque no podía hacerse cargo de mí. No la recuerdo, si es que eso te estás preguntando —inició bajando su mirada, para luego volver a sostener la mía—. Me adoptó la familia de John, es como mi hermanastro.

Me miraba buscando cualquier señal de incomodidad, casi como si esperara que me pusiera a gritar justo en ese momento. Sus ojos me estudiaron con mucha atención antes de seguir hablando; había visto esa mirada, era la que tenían las personas que estaban preparadas para ser juzgadas.

—Nos fuimos de la casa juntos porque tuvimos una aventura —confesó con una sonrisa rota—. Luego todo fue dolor y sufrimiento, en realidad, creo que gran parte de mi vida ha sido así, pero la parte de vivir con John fue en definitiva lo peor.

Yo no haría eso. No lo juzgaría por su historia, aun cuando en mi cerebro se habían disparado mil y una alertas. Sentía cómo iba pisando un terreno peligroso con cada cosa nueva que conocía de Christian.

—Siento escuchar eso —lamenté con sinceridad—. Ese infeliz de John, era él quien te golpeaba —deduje viendo en su cara cada uno de los colores.

Sus ojos se abrieron con asombro, pero solo se mordió los labios antes de asentir con la cabeza. No podía negarlo, aunque quisiera, puesto que la evidencia estaba a plena vista. Sabía que le costaba hablar del tema, sus ojos brillaban con arrepentimiento.

Arrepentimiento, dolor y vergüenza.

—Sí, él lo hizo —afirmó con una sonrisa llena de dolor—. Creo que es la primera vez que hablo de esto en voz alta, o con alguien... antes tenía mucho miedo para hacerlo. Pero ya no más. Decidí que hoy le pondría fin a esto. Así que sí, él me golpeaba. Me ganaba muchos

golpes porque mi comida era mala o porque no hacía las cosas bien, porque no quería sexo, por salir sin avisar, por hablar con los vecinos. Golpe, golpe, golpe. Notaba la satisfacción de sus ojos cuando veía mi piel tornarse de otro color. Aguanté días, meses, años, pero no pude aguantarlo más.

Mierda.

Abusó de él, no lo respetó, lo agredió y lo denigró de todas las formas posibles. La rabia y el dolor me inundaron en un segundo. Sentí la bilis en mi garganta de solo imaginarme la situación que Christian relataba con una voz plana, tratando de desconectarse del dolor. Jodida mierda. Él estaba confiando en mí y yo... francamente no sabía cuáles eran las palabras correctas para decirle a alguien en esta situación. Maldición, era tan frustrante.

—Pero huiste, querías salir de esa tóxica relación —animé tratando de apoyarlo de alguna forma—. Tú fuiste valiente.

Fue inútil, sabía que esas palabras aún no tenían el peso suficiente para poder reconfortarlo, porque su mirada solo adquirió más dolor.

—Debí haberlo hecho antes. Ahora... ahora no reconozco ni mi reflejo, estoy roto por completo y me doy tanto asco —confesó con lágrimas en sus ojos, con la sonrisa más rota que he visto en mi vida—.

Maldición.

Mi corazón dolía como nunca, mi garganta estaba apretada y me sentía impotente. Ni siquiera podía entender por qué me afectaba tanto. Era como si cada palabra que salía de su boca se colara como una daga directo a mi corazón. No tenía sentido, porque solo había cruzado palabras con él desde hacía una o dos horas, pero todo mi instinto sobreprotector estaba a tope.

Debí haber hecho algo.

Debí haber hablado con él antes.

¿Por qué fui tan cobarde?

—Hey, hey, hey... calma. No estás roto, y no das asco —afirmé sin saber qué hacer para evitar que siguiera llorando—. Dime por qué, si estabas escapando, cruzaste en rojo. Casi mueres, y puedo ver por tus lágrimas que lo único que quieres es vivir.

Ante mis palabras abrió los ojos. En realidad, parecía que lo había tomado por sorpresa, eso era algo que me venía molestando desde que ocurrió el accidente. No entendía cómo había sido tan descuidado y

temerario cuando estaba escapando de su infierno personal. No me cuadraba por ningún lado.

—Oh, solo fue un accidente. Vi a toda la gente cruzar, así que pensé que estaba en verde.

—¿Pensaste? ¿Y no pudiste subir la mirada para comprobarlo?

—No, la verdad no pude comprobarlo con rapidez. Tengo discromatopsia, no distingo el color verde, es una deuteranopía —habló apuntando a sus ojos—. Estos tontos ojos nacieron fallando, por lo que soy sumamente torpe y nunca puedo confiar en lo que veo, por eso soy un gran estorbo.

Deu... te... ¿Qué?